dal, de la que Luis XIV *hallaba la cáscara tan dura*, hoy no es más que una fortaleza desmantelada, pintoresco coronamiento de una colina.

Un momento después el terreno se aplana, la llanura se declara, y una gran puerta se abre de par en par: es la aduana; una garita listada de blanco y negro de arriba abajo; estamos en casa del rey de Prusia.

CARTA NOVENA

AQUISGRÁN.—LA TUMBA DE CARLOMAGNO

Lo que queda de Aquisgrán.—Carlomagno nació y murió en ella.—La Capilla.—Arquitectura de la portada, á la que el autor añade un paréntesis.—Leyenda del diablo, que es menos tonto que los ciudadanos, y del monje, que tiene más ingenio que el diablo.—Ciérrase el paréntesis y la Capilla vuelve á abrirse.—Aspecto de la iglesia.—Conjunto.—Detalle.—La tumba de Carlomagno.—El autor se revuelve contra el sistema decimal.—Lo que queda en el armario.—Deslumbramiento y admiración.—Donde están las tres coronas de Carlomagno.—Otros armarios.—Otros tesoros.—El púlpito.—El coro.—El órgano.—El águila de Otón III.—El corazón de M. Antonio Berdolet.—Destino de los sarcófagos.—Los emperadores no guardan nada, ni siquiera una tumba.—Carlomagno toma su sarcófago á Augusto.—Barbarroja toma su ataúd á Carlomagno.—El Hochmunster.—El sillón de mármol.—Cómo estaba Carlomagno en el sepulcro.—Proclamación de Barbarroja.—Muerte de Barbarroja.—Rumores que corren respecto á él hace seiscientos años.—Visita del emperador en 1804.—Napoleón ante el sillón de Carlomagno.—Visita de los emperadores y de los reyes aliados en 1814.—Comparaciones.—De quién ha adquirido el autor todos estos detalles.—El zapador del regimiento 36.º—Los gatos-monjes.—No os riáis de los nombres populares antes de haber examinado los nombres aristocráticos.—El palacio municipal.—La torre de Grano.—Meditación crepuscular.

Aquisgrán, 6 de agosto.

Aquisgrán, para el enfermo, es una fuente mineral, caliente, fría, ferruginosa, sulfurosa; para el viajero, es un país de reductos y de conciertos; para el peregrino, es la urna de las grandes reliquias que sólo se ven cada siete años, la túnica de la Virgen, la sangre del niño Jesús, la sábana sobre que fué decapitado san Juan Bautista; para el anticuario cronista, es una abadía de señoritas nobles con abadesa inmediata, heredera del convento de hombres construído por san Gregorio, hijo de Nicéforo, emperador de Oriente; para el aficionado á la caza, es el antiguo valle de los Jabalíes, *Porcetum*, del que han hecho *Borcette;* para el fabricante, es un manantial de agua de lejía propia para lavar las lanas; para el comerciante, es una fábrica de paños y de casimires, de agujas y alfileres; para el que no es ni comerciante, ni fabricante, ni cazador, ni anticuario, ni peregrino, ni viajero, ni enfermo, es la ciudad de Carlomagno.

Carlomagno, en efecto, nació y murió en Aquisgrán. Nació en el viejo palacio semirromano de los reyes francos, del cual queda solamente la torre de Grano, enclavada hoy en el palacio comunal. Y está enterrado en la iglesia que fundó dos años después de la muerte de su mujer Fastrada, en 796, que el papa León III bendijo en 804, y para cuya dedicación, según la tradición relata, salieron de sus sepulcros dos obispos de Tongres, muertos y enterrados en Maestricht, para completar en aquella ceremonia los trescientos sesenta y cinco arzobispos y obispos que representaban los días del año.

Esa histórica y fabulosa iglesia, que ha dado su nombre á la ciudad (Aix-la-Chapelle), ha sufrido en mil años muchas transformaciones.

Apenas llegué á *Aix*, fuí á ver la *Chapelle*.

Si nos acercamos á la iglesia por la fachada, he aquí cómo se nos presenta:

Una portada del tiempo de Luis XV, de granito gris azulado, con puertas de bronce del siglo VIII, adosada á una pared carlovingia, sobre la que corre un piso de arcos románicos. Encima de esas archivoltas un hermoso piso gótico ricamente labrado, en el que

se reconoce la severa ojiva del siglo XIV; y por coronamiento una innoble pared de ladrillo con techo de pizarra que cuenta unos veinte años. A la derecha de la puerta una gran piña de bronce romano, sobre un pilar de granito, y al otro lado, en otro pilar, hay una loba de cobre, igualmente antigua y romana, que se vuelve á medias hacia los transeuntes, con la boca entreabierta y los dientes apretados.

Perdonad, amigo mío; pero permitidme que abra aquí un paréntesis. Aquella piña tiene un significado, como también lo tiene la loba ó lobo, pues no he podido reconocer claramente el sexo de aquel animal de bronce. Ahí va lo que respecto á esto cuentan todavía las hilanderas viejas del país:

Hace ya tiempo, mucho tiempo, los de Aquisgrán

quisieron erigir una iglesia. Cotizáronse, y se dió principio á ella. Abriéronse los cimientos, se levantaron las paredes, construyéronse los andamiajes, y durante seis meses no se oyó más que el ruido ensordecedor de las sierras, de los martillos y de las hachas. Al cabo de seis meses faltó el dinero. Se hizo un llamamiento á los peregrinos y se puso una bandeja de plata á la puerta de la iglesia; mas apenas si cayeron algunas tarjas y algunos ochavos de cruz. ¿Qué hacer? Reunióse el senado, buscó, habló, opinó, consultó. Los obreros no querían trabajar, y la hierba y la zarza, y la hiedra y todas las insolentes plantas de las ruinas, se apoderaban ya de las piedras nuevas del edificio abandonado. ¿Debía quedar así la iglesia? El magnífico senado de los burgomaestres estaba en la mayor consternación.

Mientras estaba deliberando, entra un quidam, un extranjero, un desconocido, de alta estatura y de cara afable.

—Buenos días, ciudadanos. ¿De qué se trata? Estáis muy preocupados. ¿Os interesa vuestra iglesia? ¿No sabéis cómo acabarla? ¿Dicen que os falta dinero?

—Viajero, dijo el senado, idos al diablo. Necesitamos un millón de oro.

—Aquí lo tenéis, dijo el caballero.

Y abriendo una ventana, enseñó á los burgomaestres una gran carreta detenida en la plaza á la puerta de la casa comunal. Aquella carreta iba arrastrada por diez yuntas de bueyes y guardada por veinte negros de Africa armados hasta los dientes.

Uno de los burgomaestres baja con el caballero, toma al azar uno de los sacos de que está cargada la carreta, y luego vuelven á subir el extranjero y el ciudadano. Vacíase el saco delante del senado; en efecto, estaba lleno de oro. El senado abre sus estupefactos ojos y dice al extranjero:

—¿Quién sois, monseñor?

—Mis queridos villanos, yo soy el que tiene dinero. ¿Qué queréis más? Vivo en la selva Negra, junto al lago de Wildsée, no lejos de las ruinas de Heidenstadt, la ciudad de los paganos. Poseo minas de oro y de plata, y por la noche remuevo con mis manos montones de carbunclos. Pero mis gustos son simples, me aburro, soy un ser melancólico; paso los días enteros viendo jugar bajo la transparencia del lago al torniquete y al tritón de agua, y á contemplar como brota entre las rocas el *polygonum amphibium*. Con que tregua á las preguntas y á los discursos insubstanciales. Yo he desabrochado mi cinturón, aprovechaos de ello. Allí está vuestro millón en oro. ¿Lo queréis?

—Pardiez que sí, dijo el senado. Así acabaremos la iglesia.

—Pues bien, tomadlo; mas con una condición.

—¿Cuál, monseñor?

—Acabad vuestra iglesia, ciudadanos; tomad toda esa metralla; pero prometedme en cambio la primer alma, sea la que fuere, que entre en vuestra iglesia y que traspase la puerta el día en que las campanas y conciertos anuncien la dedicación.

—¡Sois el diablo!, exclamó el senado.

—¡Vosotros sois unos imbéciles!, respondió Urián.

Los burgomaestres empezaron á dar muestras de sobresalto, de espanto y se persignaron. Mas, como Urián era un buen diablo, y se reía hasta retorcerse, haciendo sonar su oro de nuevo cuño, se tranquilizaron y procedieron á negociar. El diablo tiene ingenio. Por esto es el diablo.

—Después de todo, soy yo el que pierde en el trato. Vosotros tendréis un millón y la iglesia. Yo sólo tendré un alma. ¿Y sabríais decirme cuál? La primera que se presente. Un alma cualquiera. Algún malvado

hipócrita que fingirá devoción y que por mentido celo querrá ser el primero en entrar. Ciudadanos, amigos míos, vuestra iglesia se anuncia bien. El plan me gusta. El edificio será hermoso á mi ver. Veo con gusto que vuestro arquitecto prefiere á la pechina saliediza la pechina de Montpeller. No me disgusta, empero, aquella bóveda colgadiza, de plano prolongado y de cortes redondos; pero hubiera preferido, no obstante, una bóveda de arista, oblicua é igualmente prolongada. Apruebo que haya hecho una puerta de arco redondo, pero no sé si ha calculado bien el espesor del perpiaño. ¿Cómo se llama vuestro arquitecto, villanos? Decidle de mi parte que, para hacer bien la cabecera de una puerta en arco de medio punto, es necesario que tenga cuatro tableros, dos de lecho y uno de bóveda encima; el cuarto se coloca sobre el extradós. ¡Lo mismo da! Aquí veo una bajada de bodega hecha á bóveda de cañón, que es de muy buen estilo y está perfectamente calculada. Sería lástima que no se realizara. Hay que terminar esta iglesia. Ea, compadres, el millón para vosotros y el alma para mí. ¿Trato hecho?

Así habló el caballero Urián.

—Después de todo, pensaron los ciudadanos, podemos contentarnos con que no nos pida más que un alma. Si observara con más cuidado, podría tomarlas todas en esta ciudad.

Cerróse el trato, se cobró el millón, Urián desapareció por un escotillón, del que salió una pequeña llamarada azul, cosa de rigor, y dos años después la iglesia estaba concluída.

No hay que decir que todos los senadores juraron no contar la cosa á nadie, y no hay que decir que cada uno, aquella misma noche, había contado la cosa á su mujer. Esto es una ley. Una ley que no han hecho los senadores, pero que la observan. Con tanta escrupulosidad, que cuando quedó terminada la iglesia, como toda la ciudad, merced á las esposas de los senadores, sabía el secreto del senado, nadie quiso entrar en la iglesia.

Nueva perplejidad, no menos grande que la primera. La iglesia está construída, mas nadie quiere poner el pie en ella; la iglesia está terminada, pero vacía. ¿Y de qué sirve una iglesia vacía? El senado se reune, pero nada se le ocurre. Se llama al obispo de Tongres, nada encuentra. Se llama á los canónigos del capítulo, nada imaginan. Se llama á los frailes del convento.

—Pardiez, dice un fraile, hay que convenir, señores míos, en que os preocupáis de bien poca cosa. Vosotros debéis á Urián la primera alma que pase por la puerta de la iglesia. Pero no ha estipulado de qué especie será esa alma. Urián es un solemne tonto, os lo aseguro. Señores míos, después de una pertinaz batida, esta mañana ha sido cazado vivo en el valle de Borcette un lobo. Haced entrar el lobo en la iglesia: Urián tendrá que contentarse con él. No es más que un alma de lobo, pero es un *alma cualquiera*.

—¡Bravo!, dijo el senado. Este es un fraile de ingenio.

Al día siguiente, desde el alba, empezaron á tañer las campanas.

—¡Cómo!, dijeron los ciudadanos, ¡hoy es la dedicación de la iglesia! ¿Y quién será el osado que entre el primero? No seré yo.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Ni yo.

Acudieron en apiñada muchedumbre. El senado y el capítulo estaban delante la portada. De pronto traen un lobo en una jaula, y á una señal dada se abren á un tiempo las puertas de la jaula y las de la

iglesia. Asustado el lobo por la muchedumbre, ve la iglesia desierta y penetra en ella. Urián esperaba con las fauces abiertas y los ojos voluptuosamente cerrados. Juzgad cuál sería su rabia al sentir que se tragaba un lobo. Lanzó un espantoso rugido y voló algún tiempo por debajo las altas arcadas de la iglesia con el ruido de una tempestad. Por fin salió luego, ciego de ira, y al salir dió en la gran puerta de bronce tan furiosa patada, que se hendió de arriba abajo. Aun hoy se enseña la hendidura.

—Por eso, añaden las buenas viejas, colocaron á la izquierda de la puerta de la iglesia la estatua en bronce del lobo, y á la derecha una piña, que figura su pobre alma, tan estúpidamente tragada por Urián.

Dejo la leyenda y vuelvo á la iglesia. Debo deciros, empero, que he buscado encima la puerta la famosa hendidura hecha por el talón del diablo y no la he encontrado. Y ahora cierro el paréntesis.

De modo que, al dirigirnos á la Capilla por la puerta mayor, el romano, el románico, el gótico, el barroco y el moderno se confunden y superponen en aquella fachada; pero sin afinidad, sin necesidad, sin orden, y, por consiguiente, sin grandeza.

Si se llega á la Capilla por el crucero, el efecto es muy distinto. El alto ábside del siglo XIV se os aparece en toda su audacia y en toda su belleza con el sapiente ángulo de su techo, el rico trabajo de sus balaustradas, la variedad de sus gárgolas, el sombrío color de su piedra y la vidriosa transparencia de sus inmensas lancetas, al pie de las cuales parecen imperceptibles algunas casas de dos pisos refugiadas entre los contrafuertes.

Sin embargo, aun desde allí, el aspecto de la iglesia, por imponente que sea, es híbrido y discordante. Entre el ábside y la portada, en una especie de agujero donde todas las líneas se precipitan, se oculta,

apenas unido á la fachada por medío de un lindo puente esculpido del siglo XIV, la cúpula bizantina de frontones triangulares, que Otón III hizo construir en el siglo X encima de la propia tumba de Carlomagno.

Aquella fachada llena de remiendos, aquella cúpula escondida, aquel ábside roto, tal es la Capilla de Aix. El arquitecto de 1353 quería abarcar en su prodigiosa Capilla la iglesia de Carlomagno, devastada en 882 por los normandos, y la cúpula de Otón III, incendiada en 1236. Un sistema de capillas bajas, unidas á la base de la gran capilla central, debía envolver todo el edificio en sus articulaciones, casi desde la portada. Dos de aquellas capillas, que subsisten todavía y que son admirables, estaban ya construídas cuando sobrevino el incendio de 1366. Aquella poderosa vegetación arquitectónica se detuvo allí. Cosa extraña, los siglos XV y XVI nada hicieron por aquella iglesia. El XVIII y el XIX la estropearon.

No obstante, hay que confesarlo, tomada en conjunto y tal cual es, la Capilla de Aix ofrece una buena masa y tiene grandiosidad. Al cabo de algunos instantes de contemplación, despréndese una singular majestad de aquel edificio extraordinario, que quedó sin terminar, como la misma obra de Carlomagno, y compuesto de arquitecturas que hablan en todos los estilos, como su imperio estaba compuesto de naciones que hablaban todas las lenguas.

Bien considerado, para el pensador que la considera desde el exterior, hay una armonía extraña y profunda entre aquel grande hombre y aquella gran tumba.

Yo estaba impaciente por entrar.

Después de haber atravesado la bóveda del pórtico y haber dejado detrás de mí las antiguas puertas de bronce, adornadas en su centro con una cabeza de

león y cortadas en cuadro para adaptarlas á unos arquitraves, lo que primero impresionó mis ojos fué una rotonda blanca con dos pisos, alumbrada por arriba, en la cual se entreabrían por todos lados todos los graciosos caprichos de la arquitectura barroca. Luego, bajando la vista al suelo, divisé en medio del pavimento de la rotonda, á la luz difusa que dejaban caer los vidrios blancos, una gran lápida de mármol negro, desgastada por los pies de los visitantes, con esta inscripción en letras de bronce:

CAROLO MAGNO

Nada más chocante y desvergonzado que aquella capilla barroca, enseñando sus gracias de cortesana al rededor de aquel nombre carlovingio. Algunos ángeles que parecen amorcillos, algunas palmas que parecen penachos, algunas guirnaldas de flores y lazos de cintas, tal es lo que el gusto Pompadour ha puesto bajo la cúpula de Otón III y sobre la tumba de Carlomagno.

La única cosa que sea digna del nombre y del lugar en aquella indecente capilla, es una inmensa lámpara circular de cuarenta mecheros, de unos doce pies de diámetro, donada en el siglo XII por Barbarroja á Carlomagno. Dicha lámpara, que es de bronce y plata sobredorada, tiene la forma de una corona imperial y está colgada de la bóveda, encima de la lápida de mármol negro, mediante una gruesa cadena de hierro de ochenta pies de largo.

La lápida negra tiene cosa de nueve pies de longitud por siete de anchura.

Es evidente, por otra parte, que Carlomagno tenía en aquel mismo lugar otro monumento. Nada indica que la losa negra, encuadrada por un delgado filete de bronce y rodeada por un marco de mármol blanco, sea antigua. En cuanto á las letras CAROLO MAGNO, no cuentan más de cien años.

Carlomagno ya no descansa bajo aquella losa. En 1166, Federico Barbarroja, cuya lámpara-corona, por magnífica que sea, no rescata su sacrilegio, hizo desenterrar al grande emperador. La iglesia se incautó del esqueleto imperial y lo despedazó como un santo, para hacer de cada hueso una reliquia. En la inmediata sacristía, un vicario enseña á los visitantes, y yo lo he visto por tres francos sesenta céntimos, precio fijo, el brazo de Carlomagno, aquel brazo que sostuvo la bola del mundo, venerable osamenta que muestra en sus tegumentos disecados esta inscripción, escrita mediante algunos ochavos por un escriba del siglo XII: *Brachium sancti Caroli magni*. Después del brazo, vi el cráneo, aquel cráneo que fué el molde de toda una Europa nueva, y que un sacristán golpea con la uña.

Estas cosas están en un armario.

Un armario de madera pintado de gris con filetes de oro, adornado en su remate por algunos de aquellos *ángeles que semejan amorcillos*, de que hablaba antes; tal es la tumba actual de aquel Carlomagno que resplandece hasta nosotros á través de los siglos, y que no salió de este mundo hasta haber envuelto su nombre con la doble inmortalidad de estas dos palabras: *sanctus, magnus*, santo y grande; ¡los dos epítetos más augustos con que el cielo y la tierra pueden coronar una cabeza humana!

Una cosa que sorprende, es el tamaño material de aquel cráneo y de aquel brazo; *grandia ossa*. Carlomagno, en efecto, era uno de esos raros grandes hombres que son también hombres grandes. El hijo de Pepino el Breve era tan coloso por el cuerpo como por la inteligencia. Su altura era de siete veces su pie, el cual se convirtió en medida. Y es ese pie de rey, ese pie de Carlomagno, el que acabamos de subs-